

## LAS IDEAS POLÍTICAS DE MAQUIAVELO<sup>1</sup>

La resurrección del absolutismo papal a mediados del siglo xv, asombrosamente rápida dada la degradación que el oficio papal había sufrido durante más de un siglo, tuvo su paralelo en un tremendo desarrollo del poder monárquico en casi toda la Europa occidental. En todos los reinos creció el poder regio a expensas de las instituciones rivales —nobleza, parlamentos, ciudades libres o clero— y en casi todos los países el eclipse del sistema representativo medieval fue permanente. Sólo en Inglaterra la duración relativamente breve del absolutismo de la dinastía Tudor permitió que se conservase la continuidad de la historia parlamentaria. El cambio, tanto por lo que hace al gobierno como a las ideas relativas a él, fue enorme. El poder político, que había estado en gran parte disperso entre feudatarios y corporaciones, se condensó rápidamente en manos del monarca que, por el momento, fue el principal beneficiario de la creciente unidad nacional. La concepción de un soberano que es la fuente de todo poder político —concepción que habían sostenido un puñado de juristas influidos por el derecho romano imperial y los partidarios extremistas del papado, que la habían transformado en teoría del derecho divino de los papas, pasó a ser en el siglo xvi una forma común de pensamiento político.

Esos cambios del pensamiento y la práctica políticos reflejaban otros producidos en todo el edificio de la sociedad europea, que, pese a las innúmeras diferencias locales, fueron semejantes en todas partes. A fines del siglo xv los cambios económicos que se habían estado produciendo durante muchos años dieron por resultado una acumulación de efectos que equivalía a una remodelación revolucionaria de las instituciones medievales. Esas instituciones, pese a las teorías relativas a la iglesia universal y al imperio universal, se ha-

<sup>1</sup> George H. Sabine. *Historia de la teoría política*, cap. XVII: ed. Fondo de Cultura Económica.

hían basado en el hecho de que la sociedad medieval, en su organización económica y política efectiva, era casi enteramente local. Esto era una consecuencia inevitable de las limitaciones de los medios de comunicación. Un territorio político grande no era gobernable sino por una especie de federalismo que dejaba a las unidades locales un grado muy amplio de independencia. El comercio también era principalmente local o, donde su ámbito era mayor, consistía en una serie de mercancías determinadas que circulaban por unas rutas fijas para desembocar en puertos y mercados monopolizados. Tal comercio podía ser controlado por gremios de productores que eran instituciones municipales; la unidad de la organización comercial del medioevo era la ciudad. Ni la libertad de movimientos ni el uso de moneda estaban muy generalizados en el siglo XIV.

La continuación de un comercio monopolizado y controlado localmente en la forma en que se encontraba éste era en absoluto incompatible con todo intento serio de ampliar de modo considerable la facilidad de las comunicaciones. La ventaja económica pasó de las rutas fijas y los mercados monopolizados a la libertad. Los mayores beneficios iban a parar al «mercado aventurero», que estuviera dispuesto a aprovechar las ventajas ofrecidas por cualquier mercado, tuviera capital que emplear en sus negocios y pudiera comerciar en cualquier mercancía que ofreciese la posibilidad de grandes rendimientos. Ese tipo de comerciante, que dominaba los mercados, pudo conseguir, cada vez en mayor grado, el control de la producción, y estaba enteramente fuera de la potestad de los gremios y ciudades. En la medida en que se pudiera controlar el comercio, tipificar la calidad de las mercancías o regular los precios y las condiciones de la ocupación, tales tareas tenían que corresponder a gobiernos de mayor campo de acción que la municipalidad medieval. Todos los gobiernos monárquicos de Europa emprendieron una regulación de este tipo. Además, en la medida en que se había de estimular y proteger este comercio más amplio, la tarea excedía también de las posibilidades del gobierno local. En el siglo XVI todos los gobiernos monárquicos habían adoptado una política conciente de explotación de los recursos nacionales, de fomento del comercio tanto interior como exterior y de desarrollo del poder nacional.

Esos cambios económicos tuvieron consecuencias sociales y políticas profundas. Por primera vez desde la caída del imperio romano, la sociedad europea tenía una clase considerable de hombres que poseían dinero y espíritu de empresa. Por razones obvias, esa clase era el enemigo natural de la nobleza y de todas las divisiones y desórdenes fomentados por los aristócratas. Sus intereses necesitaban de un gobierno «fuerte» tanto en el país como fuera de él y de ahí que su aliado político natural fuera el rey. Por el momento se limitaron a ver aumentar el poder del monarca a expensas de todos los frenos y limitaciones que habían rodeado a la monarquía medieval. Esa nueva clase de adinerados no podía aspirar aún a dominar el parlamento frente a la influencia de la nobleza; por ello estaba dispuesta a subordinar las instituciones representativas a la monarquía. Veía con agrado que se inmitiese a la nobleza mantener bandas de vasallos productores de desórdenes, que intimidaban a los tribunales y a los ministros de la ley y reclutaban sus miembros entre

los bandidos. Desde todos los puntos de vista la burguesía consideraba que le era ventajosa la concentración del poder militar y la administración de justicia en el mayor grado posible en manos del monarca. En conjunto lo que se ganó en gobierno ordenado y eficaz fue probablemente mucho. El poder regio llegó a ser, sin duda, arbitrario y, con frecuencia, opresor, pero el gobierno de los príncipes era mejor que nada de lo que pudiera ofrecer en este aspecto la nobleza feudal.

## El absolutismo moderno

En los años iniciales del siglo xvi la monarquía absoluta había llegado —o estaba llegando rápidamente— a ser el tipo predominante del gobierno de la Europa occidental. Por todas partes se registraba un enorme fracaso de las instituciones medievales, ya que la monarquía absoluta era algo de sangre y fuego que en gran parte se basaba con entera franqueza en la fuerza. Sólo el hecho de que, después de producidos los acontecimientos, los hombres se inclinaban a enorgullecerse de las monarquías nacionales que aquéllos ayudaban a fundar, más bien que a lamentar el destino de las instituciones medievales que habían destruido, encubrió lo destructora que habían sido las monarquías. La monarquía absoluta derrocó el constitucionalismo feudal y los estados-ciudades libres, en los que se había basado en gran parte la civilización medieval, del mismo modo que posteriormente el nacionalismo derrocó la legitimidad dinástica a la que había dado origen la monarquía absoluta. La propia iglesia, la más característica de todas las instituciones medievales, fue presa de la monarquía o de las fuerzas sociales en que ésta se apoyaba. Débiles y ricos a la vez —combinación fatal en una era de sangre y fuego—, los monasterios fueron expropiados igualmente por las monarquías protestantes y las católicas, con objeto de proporcionar riqueza a una nueva clase media que constituía la principal fuerza de la monarquía. Los gobernantes eclesiásticos fueron sometidos cada vez en mayor grado al control real y, por último, desapareció la autoridad jurídica de la iglesia. El *sacerdotium* se desvaneció como potestad independiente y la iglesia pasó a ser —lo que no había sido nunca hasta entonces para el pensamiento cristiano— una asociación voluntaria o un socio del gobierno nacional.

El desarrollo de la monarquía absoluta, como el de la monarquía constitucional feudal, se produjo en casi todos los países de la Europa occidental. En España, la unión de Aragón y Castilla con el matrimonio de los *Reyes Católicos*, Fernando e Isabel, inició la formación de una monarquía absoluta que convirtió a ese país en la más grande de las potencias europeas durante la mayor parte del siglo xvi. En Inglaterra, el final de las guerras de las Dos Rosas y el reinado de Enrique VII (1485-1509) iniciaron el período de absolutismo de la dinastía Tudor, que comprendió todo el reinado de Enrique VIII y gran parte del reinado de Isabel. Aunque Enrique VII debía su trono —al cual apenas tenía una sombra de derecho hereditario— a una combinación de la nobleza, su política se con-

formó, en términos generales, a los patrones dominantes en el período. No podía triunfar sin conseguir el apoyo de la clase media; se vio obligado a aplastar con todo su poder a los secuaces de la nobleza cuyos desórdenes amenazaban por igual a la corona y a la clase media; estableció el orden fomentando con ello el comercio; estimuló las empresas marítimas; y el poder regio eclipsó enteramente a la Cámara de los Comunes, en la cual la influencia de la nobleza en las elecciones era aún demasiado fuerte para que la institución pudiera ser segura. Es cierto que Alemania constituye una aparente excepción a la regla, ya que la debilidad del imperio permitía la anarquía y contrariaba el desarrollo de aquel sentimiento nacional que había sido el principal apoyo de Luis de Baviera en su controversia con los papas. Pero aun en Alemania la tendencia predominante se retrasó más bien que se detuvo, ya que el ascenso de Prusia y Austria al poder soberano no fue distinto del cambio producido anteriormente en España, Inglaterra y Francia.

Sin embargo, es Francia el país que presenta el ejemplo más típico del desarrollo de un poder real altamente centralizado.<sup>1</sup> Los comienzos de la unidad nacional francesa, ya mencionados al hablar de Felipe *el Hermoso*, se perdieron en gran parte durante la guerra de los Cien Años. Pero aunque ese período de guerras exteriores y civiles fue perjudicial para la monarquía, fue fatal para todas las demás instituciones medievales —municipales, feudales y representativas— que habían amenazado con superar a la monarquía. La segunda mitad del siglo xv produjo una rápida consolidación del poder real que hizo de Francia la nación más unida, compacta y armónica de Europa. La ordenanza de 1439 agrupó toda la fuerza militar de la nación en manos del monarca e hizo efectiva su autoridad al concederle un impuesto nacional con que sostenerla. El éxito de la medida fue asombroso y muestra con toda claridad por qué las naciones en proceso de ascensión estaban dispuestas a apoyar el absolutismo regio. Pocos años después se había creado un ejército de ciudadanos, bien preparado y equipado, que habría expulsado del país a los ingleses. Antes de acabar el siglo habían sido sometidos los grandes feudatarios —Borgoña, Bretaña y Anjou—. Entre tanto los estados generales habían perdido para siempre su control sobre los impuestos y con él su poder de influir en el monarca, y este último había establecido su poder sobre la iglesia francesa. Desde los primeros años del siglo xvi hasta la época de la revolución el monarca se convirtió prácticamente en único representante de la nación.

Cambios catastróficos tales como los relatados, ocurridos en toda Europa, produjeron como cosa natural otros cambios paralelos en la teoría política. Y en los años iniciales del siglo xvi, ese cambio se resume en la difícil —casi contradictoria— figura de Maquiavelo. Ningún hombre de su época vio con tanta claridad la dirección que estaba tomando en toda Europa la evolución política. Nadie comprendió mejor que él el arcaísmo de las instituciones que estaban siendo desplazadas y nadie aceptó con mayor facilidad el papel que

<sup>1</sup> Véase «France», por Stanley Leathes, en la *Cambridge Modern History*, vol. I (1903), cap. xii y G. B. Adams, *Civilization During the Middle Ages* (1914), cap. xiii.

la fuerza bruta estaba desempeñando en el proceso. Pero nadie dio en esa época mayor valor que Maquiavelo al sentido informe de la unidad nacional en que esa fuerza se basaba de modo oscuro. Nadie percibió con mayor claridad que él la corrupción moral y política que acompañaba a la decadencia de lealtades y devociones consuetudinarias, y sin embargo, acaso no hubo quien sintiese una nostalgia más aguda de una vida social más sana, tal como la que representaba a su juicio la antigua Roma. Ciertamente, nadie conocía a Italia tan bien como Maquiavelo. Y sin embargo, aunque escribe en vísperas de la reforma protestante, casi no se da cuenta del papel que había de desempeñar la religión en la política de los dos siglos siguientes. Adoctrinado como estaba por el renacimiento pagano en Italia, era incapaz, por educación y por temperamento, de captar los ideales constitucionales y morales que la política europea había de tomar de la Edad Media. A pesar de lo clara y amplia que era su visión de la política, Maquiavelo fue, de modo muy acusado, un italiano del primer cuarto del siglo XVI. Si hubiese escrito en cualquier otro tiempo y lugar, su concepción de la política habría tenido que ser distinta.

## Italia y el Papa

En Italia las fuerzas de un nuevo sistema comercial e industrial habían sido especialmente destructoras de las instituciones antiguas, pero por razones implícitas en la situación política, las fuerzas constructivas estaban más neutralizadas y retardadas que en otros países. Las ciudades libres del norte de Italia, en las que habían naufragado los proyectos imperiales de los Hohenstaufen, se habían convertido en anacronismos políticos y económicos incapaces de hacer frente a una situación que exigía un poder concentrado, un ejército ciudadano y una política exterior más amplia y vigorosa. En la época en que escribía Maquiavelo, Italia estaba dividida en cinco estados grandes: el reino de Nápoles en el sur, el ducado de Milán en el noroeste, la república aristocrática de Venecia en el noreste y la república de Florencia y los estados pontificios en el centro. La caída de la república florentina en 1512 —que produjo en la vida de Maquiavelo el período de forzosa ociosidad al que se deben sus escritos políticos— fue un ejemplo del destino que aguardaba a una forma de gobierno incapaz de hacer frente a las fuerzas políticas de su época. La tendencia a la concentración se puso también de manifiesto con la restauración de los estados pontificios después de su decadencia durante el cisma. Pese a que los papas del tiempo de Maquiavelo eran con frecuencia indignos y libertinos, consiguieron hacer de su estado el más consolidado y permanente de Italia. Tal vez ningún otro hecho sea más representativo que éste del cambio ocurrido en la política europea, que transformó al papa en uno de tantos gobernantes italianos. La vieja ambición de situarse como árbitro de todas las disputas de la cristiandad había cedido a la más práctica, pero más mundana, de conservar la soberanía de la Italia central.

Pero aunque se había iniciado la consolidación, no podía completarse, y ello dejaba a Italia, como vio Maquiavelo, retrasada en

su desarrollo político. No apareció ningún poder suficientemente grande para unir a toda la península. Los italianos sufrían todas las degradaciones y opresiones consecuencia de la tiranía, con pocas de las compensaciones que ésta pudiera ofrecer, y las divisiones entre los tiranos italianos dejaban el país como presa al alcance de las manos de franceses, españoles y alemanes. Como la mayor parte de los italianos de su época, Maquiavelo consideraba que la iglesia era especialmente responsable de tal estado de cosas. Demasiado débil para unir a Italia, el papa era, sin embargo, suficientemente fuerte para impedir que ningún otro gobernante la uniera, en tanto que sus relaciones internacionales le hacían ser el iniciador de la viciosa política de invitar a la intervención extranjera. Esa es la razón de la amarga ironía que emplea Maquiavelo al atacar con frecuencia a la iglesia.

El primer servicio que debemos, pues, nosotros los italianos a la Sede Pontificia y al clero es el de haber llegado a ser irreligiosos y malos; pero aun hay otro mayor que ha ocasionado nuestra ruina, y consiste en que la iglesia ha tenido y tiene a Italia dividida.

Jamás hubo ni habrá país alguno unido y próspero si no se somete todo él a la obediencia de un gobierno republicano o monárquico como ha sucedido a Francia y España. La causa de que Italia no se encuentre en el mismo caso, de que no tenga una sola república o un solo príncipe que la gobierne, consiste en la iglesia...

...No siendo nunca la iglesia bastante poderosa para ocupar Italia, ni permitiendo que otro la ocupe, ha causado que no pueda unirse bajo un solo jefe, viviendo gobernada por varios príncipes y señores. De aquí nació la desunión y debilidad que la han llevado a ser presa, no sólo de los bárbaros poderosos, sino de cualquiera que la invade.<sup>1</sup>

La sociedad y la política italianas, tal como las concebía Maquiavelo y como, de acuerdo con él, cree la mayor parte de los historiadores, son un ejemplo peculiar de un estado de decadencia institucional. Era una sociedad intelectualmente brillante y artísticamente creadora, más emancipada que cualquiera otra de Europa de las trabas de la autoridad y dispuesta a enfrentarse al mundo con un espíritu friamente racional y empírico, y presa, sin embargo, de la peor corrupción política y la más baja degradación moral. Las instituciones cívicas antiguas estaban muertas; ideas medievales que como las de la iglesia y el imperio, todavía en los días de Dante, podían despertar un noble entusiasmo, no eran ya ni siquiera recuerdos. La crueldad y el asesinato se habían convertido en procedimientos normales de gobierno; la buena fe y la lealtad, en escrúpulos infantiles a los que un hombre ilustrado apenas concedería el

40

<sup>1</sup> *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, I, 12; trad. ingl. de C. E. Detmold, *The Historical, Political, and Diplomatic Writings of Niccolò Machiavelli*, 4 vols. Boston y Nueva York, 1891.

homenaje de un cumplido de labios afuera; la fuerza y la astucia, en claves del éxito; el libertinaje y el desenfreno eran tan frecuentes que no provocaban comentarios; y el egoísmo franco y desembozado sólo necesitaba del éxito para justificarse. Fue un periodo al que era justo calificar de época de «bastardos y aventureros», una sociedad que se diría creada para justificar el dicho de Aristóteles de que «cuando el hombre se aparta de la ley y la justicia es el peor de los animales». Maquiavelo es, pues, de modo muy acusado, el teórico político del «hombre sin amo», de una sociedad en la que el individuo se encuentra solo, sin más motivos ni intereses que los proporcionados por su propio egoísmo. En esto representa una fase de todas las sociedades modernas, pero la representa en la forma exagerada propia de la Italia del siglo XVI.

## Lo que interesaba a Maquiavelo

Sus obras políticas más importantes fueron *El príncipe* y los *Discursos sobre la primera decada de Tito Livio*, comenzados ambos, y en gran parte terminados, en 1513. Es significativo el distinto modo de considerar el gobierno en ambas obras; algunos escritores, siguiendo a Rousseau, han creído que eran contradictorias. Ello no parece ser cierto, en especial si se toman en cuenta las circunstancias que rodean la composición de *El príncipe*, pero es lamentable que la mayor parte de los lectores hayan conocido a Maquiavelo a través de esta última obra. Ambos libros presentan aspectos del mismo problema: las causas del auge y decadencia de los estados y los medios por los cuales puedan los estadistas hacer que perduren. *El príncipe* trata de las monarquías o gobiernos absolutos y los *Discursos* se ocupan principalmente de la expansión de la república romana. Esto corresponde a la clasificación bipartita de los gobiernos que formula Maquiavelo al comenzar *El príncipe*. *El príncipe* era una selección de las opiniones del autor hecha para una finalidad determinada, y la ocasión de que se escribiera fue el deseo de conseguir un cargo público bajo el régimen de los Medici, pero no fue esa ocasión lo que produjo las opiniones expresadas en la obra. Como dice Villari, quienquiera que conozca los *Discursos* hubiera podido predecir, conociendo la finalidad especial del autor, casi todo lo que se encuentra en *El príncipe*. Ambas obras presentan por igual las cualidades por las que se conoce especialmente a Maquiavelo, tales como la indiferencia por el uso de medios inmorales para fines políticos y la creencia en que el gobierno se basa en gran parte en la fuerza y la astucia. Lo que no aparece en *El príncipe* es su auténtico entusiasmo por el gobierno popular del tipo de que es ejemplo la república romana, pero que Maquiavelo consideraba impracticable en la Italia de la época en que escribía.

Los escritos políticos de Maquiavelo pertenecen más bien a la literatura diplomática, de la que hay abundantes muestras debidas a los escritores italianos de la época, que a la teoría política. El juego diplomático no se ha desarrollado nunca con mayor dureza que en las relaciones entre los estados italianos de la época de Maquiavelo. Nunca han contado más los cambios y vueltas de las ne-

gociaciones que entre aquellos gobernantes, todos ellos aventureros, que basaban sus éxitos por igual en la habilidad del juego y la fuerza menos disimulada. Los escritos diplomáticos, así como las obras de Maquiavelo, tiene méritos y defectos característicos. Se encuentra en ellos una situación política, el juicio más claro y más frío respecto a los recursos y la posición de un adversario, la apreciación más objetiva de las limitaciones de una política, el más firme sentido común en la previsión de la lógica de los acontecimientos y el resultado de una determinada política. Lo que desde su época hasta nuestros días ha hecho de Maquiavelo el escritor favorito de los diplomáticos han sido cualidades de ese tipo, que poseía en un grado superlativo. Pero los escritos diplomáticos son especialmente propensos a exagerar la importancia del juego por el juego y a reducir al mínimo la que corresponde a las finalidades por las que es de presumir que se juega. Da por supuesto naturalmente que la política es un fin en sí.

Esa es la calidad más notoria de Maquiavelo. Escribe casi únicamente acerca de la mecánica del gobierno, de los medios con los que se puede fortalecer al estado, de las políticas susceptibles de aumentar su poder y de los errores que llevan a su decadencia o ruina. Las medidas políticas y militares son casi el único objeto de su interés, y las separa casi por completo de toda consideración religiosa, moral y social, salvo en la medida en que éstas afectan a los expedientes políticos. La finalidad de la política es conservar y aumentar el poder político, y el patrón para juzgarla es su éxito en la consecución de ese propósito. Que una política sea cruel o desleal o injusta es para Maquiavelo cosa indiferente, aunque se da perfecta cuenta de que tales cualidades pueden influir en su éxito. Trata con frecuencia de las ventajas que la inmoralidad hábilmente utilizada puede proporcionar a los fines de un gobernante y es esto lo que ha causado principalmente la mala reputación del florentino. Pero la mayor parte de su obra no es tanto inmoral cuanto amoral. Se limita a abstraer la política de toda otra consideración y escribe acerca de ella como si fuera un fin en sí.

## Indiferencia moral

Lo más próximo que hay en la historia del pensamiento político a la separación establecida por Maquiavelo entre la conveniencia política y la moralidad, se encuentra probablemente en algunas partes de la *Política* de Aristóteles, en las que el estagirita se refiere a la conservación de los estados, sin consideración de su bondad o maldad. Sin embargo, no es en absoluto seguro que Maquiavelo tomase como modelo tales pasajes. No es probable que tuviese conciencia de que seguía a nadie, aunque puede haber existido una conexión entre su secularismo y el aristotelismo naturalista que produjo dos siglos antes el *Defensor Pacis*. Además de un común odio hacia el papado en cuanto causa de la desunión italiana, que Maquiavelo compartía con Marsilio, ambos hombres tuvieron ideas sustancialmente similares respecto a la utilidad política que, como con-

secuencia secular, debe tener la religión.<sup>1</sup> El secularismo de Maquiavelo va, sin embargo, mucho más allá que el de Marsilio y está libre de todos los argumentos sofisticados impuestos por la doble verdad. Marsilio defendía la autonomía de la razón haciendo ultramundana la moral cristiana; Maquiavelo la condena por ser ultramundana. Creía que las virtudes cristianas producían un servilismo de carácter, y contrasta el cristianismo desfavorablemente a este respecto con las religiones más viriles de la antigüedad.

...la nuestra ha santificado más a los hombres humildes y contemplativos que a los de enérgica actividad. Además, coloca el supremo bien en la humildad, en la abnegación, en el desprecio de las cosas humanas, mientras la pagana lo ponía en la grandeza del ánimo, en la robustez del cuerpo y en cuanto podía contribuir a hacer los hombres fortísimos.

...Esta nueva manera de vivir parece que ha hecho más débiles a los pueblos y fácil convertirlos en presa de los malvados, que con mayor seguridad pueden manejarlos al ver a casi todos los hombres más dispuestos, para alcanzar el paraíso, a sufrir las injurias que a vengarlas.<sup>2</sup>

Como sugiere este pasaje, Maquiavelo no era indiferente a los efectos que, debido a su acción sobre la masa de la humanidad, producen la moral y la religión sobre la vida social y política. Sancionaba el uso de los medios inmorales por parte de los gobernantes para conseguir una finalidad, pero nunca dudó de que la corrupción moral de un pueblo hace imposible el buen gobierno. No tenía sino admiración por las virtudes cívicas de los antiguos romanos y de los suizos de su época, y creía que derivaban de la pureza de la vida familiar, la independencia y dureza de la vida privada, la simplicidad y frugalidad de costumbres y la lealtad y honradez en la realización de funciones públicas. Pero ello no implica que el gobernante tenga que creer en la religión de sus súbditos ni que practicar sus virtudes. Maquiavelo no era en modo alguno ciego a las fuerzas imponderables que intervienen en la política, pero consideraba tales imponderables como meras fuerzas. Un ejército lucha tanto con la moral como con los cañones y el gobernante prudente se preocupará por que ambas cosas sean las mejores posibles. Maquiavelo presenta un ejemplo extremo de la doctrina de un doble patrón de moralidad; es distinta la moral para el gobernante y para el ciudadano privado. Se juzga al primero por el éxito conseguido en el mantenimiento y aumento de su poder; al segundo, por el vigor que su conducta da al grupo social. Como el gobernante está fuera del grupo o, por lo menos, se encuentra en una situación muy especial con respecto a él, está por encima de la moralidad cuyo cumplimiento debe imponerse dentro del grupo.

<sup>1</sup> Previté-Orton ha notado en sus notas varios paralelos importantes; véase su edición del *Defensor*, índice B. s. v. Maquiavelo, cf. el pasaje acerca de Italia en II, xxvi, 20 y *El príncipe*, cap. xxvi.

<sup>2</sup> *Discursos*, II, 2.

La indiferencia de Maquiavelo por la moralidad ha sido presentada a veces como ejemplo de imparcialidad científica,<sup>1</sup> pero tal juicio parece excesivo. Maquiavelo no era imparcial; lo que ocurría es que no le interesaba sino un fin, el poder político, y era indiferente a todos los demás. Nunca duda en pronunciar juicios severos respecto a los estadistas que permiten que sus estados se debiliten. Además, no puede calificársele de científico en sentido propio, aunque su juicio se formaba empíricamente, por la observación de los gobernantes que había conocido o por el estudio de los ejemplos históricos. Pero su empirismo era de sentido común o de astuta previsión práctica y no un empirismo inductivo dominado por el deseo de comprobar teorías o principios generales. Del mismo modo es equivoco sostener, como han hecho algunos autores, que Maquiavelo seguía un método «histórico», porque sus ejemplos están tomados con frecuencia del pasado. Utilizaba la historia lo mismo que utilizaba sus propias observaciones para dar ejemplos o apoyar una conclusión a la que había llegado sin referencia alguna a la historia. En cierto sentido es decididamente ahistórico. Afirmaba explícitamente que la naturaleza humana es siempre y en todas partes la misma, y por esta razón tomaba ejemplos donde los encontraba. Su método, hasta el punto en que tiene alguno, es la observación guiada por la astucia y el sentido común. La descripción más afortunada de lo que consiguió el florentino la dio Janet al decir que tradujo la política al idioma vernáculo.

Maquiavelo no desarrolló sus teorías políticas de modo sistemático, sino en forma de observaciones acerca de situaciones determinadas. Tras ellas, o implícitas en ellas, había, sin embargo, con frecuencia, un punto de vista coherente, que podía desarrollarse hasta convertirse en una teoría política y que de hecho se desarrolló así en época posterior. Maquiavelo no tenía mucho interés en la filosofía ni se inclinaba demasiado a hacer generalizaciones que fuesen más allá de unas máximas útiles al estadista. A veces se limitó a exponer sus principios y otras los da sencillamente por sentados; prácticamente nunca intentó dar ninguna prueba de ellos. A riesgo de dar una impresión más unificada de la que autorizan sus obras, será útil reunir sus generalizaciones aisladas, sobre todo porque los escritores posteriores erigieron en teoría sistemática generalizaciones deducidas de las ideas del florentino.

## Egoísmo universal

44 Tras casi todo lo que dijo Maquiavelo acerca de política práctica estaba el supuesto de que la naturaleza humana es esencialmente egoísta y de que los motivos reales en los que tiene que apoyarse un estadista, tales como el deseo de seguridad de las masas y el deseo de poder de los gobernantes, son de ese carácter. El gobierno se funda en realidad en la debilidad e insuficiencia del individuo, que es incapaz de protegerse contra la agresión de otros individuos a menos que tenga el apoyo del poder del estado. Además, la naturaleza hu-

<sup>1</sup> Sir Frederick Pollock, *History of the Science of Politics* (1911), p. 43.

mana es profundamente agresiva y ambiciosa; los hombres aspiran a conservar lo que tienen y a adquirir más. Ni en el poder ni en las posesiones hay ningún límite normal para los deseos humanos, pero tanto el poder como las posesiones están siempre limitadas en la realidad por la escasez natural. En consecuencia, los hombres se encuentran siempre en situación de lucha y competencia que amenaza con degenerar en anarquía abierta a menos que los limite la fuerza que hay tras el derecho, en tanto que el poder del gobernante se basa en la misma inminencia de la anarquía y en el hecho de que la seguridad sólo es posible cuando el gobierno es fuerte. Maquiavelo da siempre por comprobada esa concepción del gobierno, aunque en ninguna parte la desarrolla hasta hacer de ella una teoría psicológica general de la conducta. Sin embargo, hace observar a menudo que los hombres son, por lo general, malos y que el gobernante prudente debe basar su política en ese supuesto. Insiste sobre todo en que el gobierno que quiera tener éxito debe aspirar ante todo a la seguridad de la propiedad y la vida, ya que éstos son los deseos más universales que hay en la naturaleza humana. De ahí su cínica observación de que un hombre olvida con más facilidad el asesinato de su padre que la confiscación de su patrimonio. El gobernante prudente puede matar pero no debe saquear. Este aspecto del pensamiento de Maquiavelo, completado por una psicología sistemática que lo explica y justifica, se convierte en la filosofía política de Hobbes.

Sin embargo, a Maquiavelo no le preocupa tanto la maldad o egoísmo en cuanto motivo humano general como el hecho de que su predominio en Italia representa un síntoma de decadencia social. Italia es para él ejemplo de una sociedad corrompida, sin las mitigaciones parciales que produce en Francia y en España la monarquía.

Y en verdad, donde no hay esta honradez no cabe esperanza de bien alguno, como no la hay en los pueblos que en estos tiempos están corrompidos, cual sucede sobre todo en Italia y aún en Francia y España, donde también la corrupción alcanza. Y si en estas naciones no son tantos los desórdenes como se ven en Italia diariamente, débese, no tanto a la probidad de los pueblos, de que en gran parte carecen, como a tener un rey que los mantiene unidos....<sup>1</sup>

Así, pues, en Italia el problema consiste en fundar un estado en una sociedad corrompida y Maquiavelo estaba convencido de que en tales circunstancias no era posible ningún gobierno eficaz, salvo la monarquía absoluta. Esto explica por qué era a la vez un admirador entusiasta de la república romana y un defensor del despotismo. Maquiavelo entiende por corrupción en general aquella decadencia de la virtud privada y la probidad cívica y la devoción que hace imposible el gobierno popular. Comprende todas las formas de licencia y violencia, grandes desigualdades de riqueza y poder, la destrucción de la paz y la justicia, el desarrollo de la ambición desordenada, la desunión, la ilegalidad, la deshonestidad y el desprecio por la religión. Creía aún posible la forma republicana de gobierno

<sup>1</sup> *Discursos*, I, 55.

en Suiza y en algunas partes de Alemania, donde se había mantenido una vida cívica vigorosa; pero no ocurría lo mismo en Italia. Cuando han decaído las virtudes necesarias, no hay posibilidad de restaurarlas ni de tener un gobierno ordenado, salvo mediante el poder despótico.

Sin embargo, aparte de la corrupción moral, la agresividad natural de la naturaleza humana hace de la lucha y la competencia rasgos normales de toda sociedad. Esto explica, por una parte, la derrota que ronda los pasos de todo gobierno: «Los hombres cometen siempre el error de no saber poner límites a sus esperanzas.» Pero, por otra parte, explica también la estabilidad de una sociedad sana en la que los intereses contrapuestos se mantienen en equilibrio. Maquiavelo consideraba la rivalidad de patricios y plebeyos en Roma como el secreto del vigor romano. De ella nació la independencia y fortaleza de carácter que apoyó la grandeza de Roma. Cuando la dirigieron gobernantes prudentes, que tenían mucha autoridad pero sometida a la ley, la virilidad que hacía posibles las turbulencias se convirtió en una de las razones principales que hicieron de los romanos un pueblo guerrero y conquistador. Por esta razón, Maquiavelo volvió a exponer la antigua teoría de la forma mixta o equilibrada de gobierno. Con no mucha propiedad, hay que confesarlo. reprodujo al comienzo de los *Discursos*, casi palabra por palabra, la teoría del ciclo de las formas de gobierno del libro VI de la *Historia* de Polibio. El equilibrio en que pensaba no era, sin embargo, político, sino social o económico —un equilibrio de intereses contrapuestos enfrenados por un soberano poderoso—. A este respecto una exposición sistemática de la filosofía de Maquiavelo necesitaba la concepción del poder soberano que le añadieron Bodino y Hobbes.

## El legislador omnipotente

Un segundo principio general, que Maquiavelo da continuamente por supuesto, es la suprema importancia que tiene en la sociedad el legislador. Un estado afortunado tiene que ser fundado por un solo hombre y las leyes y el gobierno por él creados determinan el carácter nacional de su pueblo. La virtud moral y cívica surge de la ley y, cuando una sociedad se ha corrompido, no puede nunca reformarse por sí misma, sino que tiene que tomarla en sus manos un legislador que pueda restaurarla a los sanos principios establecidos por su fundador.

Pero es preciso establecer como regla general que nunca o rara vez ocurre que una república o reino sea bien organizado en su origen o completamente reformada su constitución, sino por una sola persona, siendo indispensable que de uno solo dependa el plan de organización y la forma de realizarla.<sup>1</sup>

Maquiavelo no pensaba únicamente, ni siquiera de modo principal, en la organización política, sino en la totalidad de la constitución moral o social de un pueblo, que a su juicio derivaba de

<sup>1</sup> *Discursos*, I, 9.

la ley y de la sabiduría y previsión del legislador. Prácticamente no hay límites a lo que un estadista puede hacer, siempre que comprenda las reglas de su arte. Puede rasgar de arriba abajo los viejos estados y construir otros nuevos, cambiar las formas de gobierno, transplantar las poblaciones y edificar nuevas virtudes en las almas de sus súbditos. Si un gobernante carece de soldados —dice— no debe culpar a nadie sino a sí mismo, ya que debería haber adoptado medidas para corregir la cobardía y el afeminamiento de su pueblo. El legislador es el arquitecto, no sólo del estado, sino también de la sociedad con todas sus instituciones morales, religiosas y económicas.

Esta noción exagerada de lo que pueden hacer un gobernante y un estado se debía a varias causas. En parte no hacía sino reproducir el antiguo mito del legislador que Maquiavelo había encontrado en escritores como Cicerón y Polibio. En parte también, reflejaba su comprensión del problema que se le planteaba a un gobernante en medio de la corrupción de la Italia del siglo XVI. Un gobernante que quisiera triunfar tenía que crear, por puro genio político, un poder militar suficientemente fuerte para superar a las desordenadas ciudades y pequeños principados y producir finalmente un nuevo espíritu público y una nueva lealtad cívica. Todas las circunstancias de su tiempo conspiraban para hacerle ver en un gobernante absoluto el árbitro del destino de una nación. Pero además de estas circunstancias históricas, la lógica de su propia filosofía política pesaba mucho en la misma dirección. Pórqe si los individuos humanos son por naturaleza radicalmente egoístas, el estado y la fuerza que hay tras el derecho tienen que ser el único poder que mantenga unida a la sociedad; las obligaciones morales tienen que derivar en último término de la ley y del gobierno. A este respecto fue también Hobbes quien dio una exposición sistemática de lo que Maquiavelo no hizo sino sugerir.

Deste este punto de vista es más fácil comprender el doble patrón de conducta para el estadista y para el ciudadano privado que constituye la nota principal de lo que se denomina «maquiavelismo». El gobernante, como creador del estado, no sólo está fuera de la ley, sino que si la ley impone una moral, está también fuera de la moralidad. No hay otro patrón para juzgar sus actos sino el éxito de sus expedientes políticos para ampliar y perpetuar el poder de su estado. La franqueza con que Maquiavelo aceptó esta conclusión y la incluyó en sus consejos a los gobernantes es el motivo principal de la mala reputación del *Principe*, aunque los *Discursos* no son en realidad mejores. Sancionó abiertamente el uso de la crueldad, la perfidia, el asesinato o cualesquiera otros medios, con tal de que fuesen utilizados con suficiente inteligencia y secreto para poder alcanzar sus fines.

...pero conviene al fundador que, cuando el hecho lo acuse, el resultado lo excuse; y si éste es bueno, como sucedió en el caso de Rómulo, siempre se le absolverá. Digna de censura es la violencia que destruye, no la violencia que reconstruye.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> *Discursos*, I, 9.

...el príncipe debe ser tan prudente que sepa evitar la infamia de aquellos vicios que le privarían del poder, y aún prescindir, mientras le sea posible, de los que no acarrear tales consecuencias. No debe tampoco cuidarse de que le censuren aquellos defectos, sin los cuales le sería difícil conservar el poder, porque considerándolo bien todo, habrá cualidades que parezcan virtudes y en la aplicación produzcan su ruina, y otras que se asemejen a vicios, y que, fomentándolas, le proporcionen seguridad y bienestar.<sup>1</sup>

El príncipe de Maquiavelo, encarnación perfecta de la astucia y el egoísmo, que aprovecha en su favor igualmente los vicios y las virtudes, era poco, más que un cuadro idealizado del tirano italiano del siglo XVI. Es una pintura fiel, aunque exagerada, del tipo de hombre que la edad de los déspotas puso en el primer plano de la vida política. Aunque los ejemplos más extremos se produjeron en Italia, Fernando el Católico en España, Luis XI en Francia, y Enrique VIII en Inglaterra fueron gentes del mismo tipo. No hay duda de que Maquiavelo admiraba por temperamento al tipo de gobernante lleno de recursos aunque fuera falto de escrúpulos, ni de que tenía una profunda desconfianza por las medias tintas en política, que creía, con razón, debidas con más frecuencia a la debilidad que a los escrúpulos morales. Su admiración por ese tipo de gobernante le hizo incurrir a veces en juicios superficiales, como por ejemplo el de considerar al infame César Borgia como modelo de príncipe prudente y afirmar que su fracaso político no se debió sino a un accidente inevitable.

Maquiavelo no convirtió nunca su creencia en el legislador omnipotente en una teoría general del absolutismo político, como hizo posteriormente Hobbes. Su juicio estaba influido por dos admiraciones —la admiración hacia el déspota lleno de recursos y la admiración hacia el pueblo libre que se gobierna a sí mismo— que eran incompatibles. Las empalmó, en forma bastante precaria, como teorías de la fundación de un estado y de su conservación una vez fundado. En términos más modernos, podría decirse que tenía una teoría de las revoluciones y otra del gobierno. De ahí que recomendase el despotismo únicamente en dos casos un tanto especiales, la creación de un estado nuevo y la reforma de uno corrompido. Pero una vez fundado, un estado sólo puede ser permanente si se admite una cierta participación del pueblo en el gobierno y si el príncipe dirige los asuntos ordinarios del estado de acuerdo con la ley y respetando debidamente la propiedad y los derechos de sus súbditos. La violencia despótica es una fuerte medicina política, necesaria en los estados corrompidos y, en circunstancias especiales, en todos los estados, pero es un veneno que se precisa emplear con la máxima precaución.

<sup>1</sup> *El príncipe*, cap. XV.

## Republicanism and nationalism

En la exposición que hace Maquiavelo de la monarquía absoluta no hay nada parecido a su entusiasmo, evidentemente sincero, por la libertad y el gobierno popular de la república romana. La conservación del estado, a diferencia de su fundación, depende de la excelencia de sus leyes, ya que éstas son la fuente de todas las virtudes cívicas de sus ciudadanos. Aun en una monarquía, la condición primera del gobierno estable es la de que esté regulada por la ley. Por ello Maquiavelo subraya la necesidad de que haya remedios legales para impedir la violencia ilegal y señala los peligros políticos de la conducta ilegal de los gobernantes y la locura de embarcarse en políticas vejatorias y encaminadas a causar molestias a los súbditos. En particular, el gobernante prudente deberá abstenerse de tocar a la propiedad y a las mujeres de sus súbditos, ya que éstas son las cuestiones que impulsan con mayor facilidad a la resistencia. Maquiavelo favorecía el gobierno benévolo siempre que fuese posible y el empleo de la severidad, cuando fuese necesaria, con moderación. Dijo explícitamente que el gobierno es más estable cuando participa en él la mayoría y prefería la elección a la herencia como método de escoger gobernantes. Se pronunció en favor de una libertad general de proponer medidas encaminadas al bien público y de la libertad de discusión, con objeto de que se pudiera oír en todas las cuestiones a ambas partes antes de adoptar una decisión. Creía que el pueblo tiene que ser independiente y fuerte, ya que no hay modo de hacerlo belicoso sin darle a la vez los medios de rebelarse. Por último, tenía una elevada opinión de la virtud y el juicio de un pueblo incorrupto en comparación con los del príncipe. El pueblo no es capaz de tener opiniones de largo alcance en materias intrincadas de política, pero en aquellas cuestiones que puede comprender, tales como la valoración de la personalidad de un magistrado, es más prudente y tiene un juicio más sólido que un príncipe. Pese al cinismo de los juicios políticos de Maquiavelo, no puede dudarse de que estimaba el gobierno liberal y sujeto a las leyes. Esto explica la admiración que por él sentía un partidario tan ardoroso del régimen constitucional como Harrington.

Relacionado de modo muy íntimo con su favorable opinión del gobierno popular cuando es posible y de la monarquía cuando es necesaria, está su juicio extraordinariamente bajo de la aristocracia y la nobleza. Percibió de modo mucho más agudo que ningún otro pensador de su tiempo que los intereses de la nobleza son antagónicos de los intereses de la monarquía y de la clase media y que el gobierno ordenado hacía necesaria su supresión o extirpación. Esos «caballeros», que viven en la ociosidad, manteniéndose con el producto de sus riquezas y sin prestar ningún servicio útil, son «perniciosos en cualquier república o estado».

...Imposible sería fundar repúblicas en tales países que sólo cabe reorganizar con gobiernos monárquicos, porque donde la corrupción es tan grande que no bastan las leyes para conte-

nerla, se necesita la mayor fuerza de una mano real, cuyo poder absoluto y excesivo ponga freno a las ambiciones y a la corrupción de los magnates.<sup>1</sup>

La única cosa que explica la admiración de Maquiavelo por César Borgia es el hecho de que, a pesar de todos sus crímenes, César dio a la Romaña mejor gobierno que el enjambre de barones bandidos a los que desplazó. Maquiavelo encomienda a su príncipe la tarea de combatir al demonio con el fuego, pero en la villanía del príncipe había, al menos, una grandeza de fines y una amplitud de concepción política que no se daban en la igual villanía de los adversarios del príncipe.

Junto con la repugnancia que siente Maquiavelo por la nobleza, se encuentra su odio hacia los soldados mercenarios. También aquí tenía a la vista una de las causas más importantes del desorden que reinaba en Italia, a saber, las bandas de matones contratados, dispuestos a luchar en favor de quienquiera que les ofreciese la mayor soldada, que no eran fieles a nadie y que, con frecuencia, resultaban más peligrosos para quien les empleaba que para sus enemigos. Esos soldados profesionales habían desplazado casi enteramente a los antiguos soldados-ciudadanos de las ciudades libres y, aunque eran capaces de aterrorizar a Italia, habían demostrado su incompetencia frente a las tropas mejor organizadas y más leales de Francia. Maquiavelo percibía con toda claridad la ventaja que había conseguido Francia con la nacionalización de su ejército y, en consecuencia, no se cansaba nunca de insistir en que la preparación y equipo de un ejército de ciudadanos es la primera necesidad de un estado. Como sabía por observación propia, las tropas mercenarias y los auxiliares extranjeros son igualmente ruinosos para el gobernante que tiene que apoyarse en ellos. Agotan su tesoro y casi invariablemente le abandonan en los momentos de necesidad. En consecuencia, el arte de la guerra ha de ser preocupación primordial del gobernante y condición *sine qua non* del éxito en todas sus empresas. Por ello, tiene que aspirar por encima de todo a poseer una poderosa fuerza integrada por sus súbditos, bien equipada y disciplinada, y unida a sus intereses por lazos de lealtad al estado. Maquiavelo deseaba someter a la preparación militar a todos los ciudadanos útiles para el servicio de las armas comprendidos entre los diecisiete y los cuarenta años. Con tal fuerza, el gobernante puede mantener su poder y extender los límites del estado; sin ella, es presa de la lucha intestina y de la ambición de los príncipes vecinos.

50 Tras la creencia de Maquiavelo en el ejército de ciudadanos y su odio por la nobleza, se encontraba el único sentimiento que mitigaba el cinismo de sus opiniones políticas: el patriotismo nacional y el deseo de unificación de Italia y de liberar a ésta de los desórdenes internos y los invasores extranjeros. Afirmaba con absoluta franqueza que el deber para con la patria supera a todos los demás deberes y a todos los escrúpulos.

<sup>1</sup> Discursos, I, 55.

...porque cuando hay que resolver acerca de su salvación, no cabe detenerse por consideraciones de justicia o de injusticia, de humanidad o de crueldad, de gloria o de ignominia. Ante todo y sobre todo, lo indispensable es salvar su existencia y su libertad.<sup>1</sup>

Este era el sentimiento latente en su idealización del poder absoluto y despiadado, tal como aparece en el elocuente capítulo con que concluye el *Príncipe*. Maquiavelo esperaba que de entre los tiranos de Italia, y tal vez en la casa de los Médici, podría surgir un príncipe con la suficiente amplitud de visión para pensar en una Italia unida y con la audacia bastante para hacer de ese ideal una realidad.

...Y si era necesario, como antes dije, para apreciar las dotes de Moisés que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto; para conocer la grandeza de ánimo de Ciro que los medos oprimieran a los persas; y para estimar las excelentes condiciones de Teseo, la dispersión en que estaban los atenienses; así al presente para aquilatar el valor de un genio italiano era indispensable que Italia llegase a la triste situación en que hoy se encuentra, siendo más esclava que los hebreos, más sierva que los persas, estando más dispersos sus habitantes que los atenienses; sin jefe, sin organización, batida, saqueada, destrozada, pisoteada, sufriendo toda clase de calamidades.<sup>2</sup>

Pero aunque la esperanza de paz y unidad en Italia fuese un motivo verdadero del pensamiento de Maquiavelo, era más bien un sentimiento que un plan definido. Aparte de la creencia en que tenía que conseguirse bajo la dirección de un monarca absoluto —como Maquiavelo había visto conseguir la unidad nacional en Francia y en España—, no tenía nada a lo que se pudiera denominar política de unificación italiana. La concebía más bien como una remota esperanza, sin la cual no podría lograrse nunca la felicidad y la prosperidad del país; pero nunca concibió en realidad el gobierno en escala nacional. El régimen que provocaba su entusiasmo más sincero era un estado-ciudad expansionista tal como Roma, un estado-ciudad que, sin duda, habría de seguir una política de gran visión para atraer y conservar el apoyo de sus aliados, pero que en la concepción de Maquiavelo no se elevó nunca a la altura de establecer una ciudadanía que se extendiese a toda la nación. Así ocurre que el capítulo final del *Príncipe*, aunque indudablemente sincero, constituye la excepción y no la regla en los consejos, de ordinario bajos, que el florentino da a los príncipes.

## Penetración y deficiencias

51

El carácter de Maquiavelo y el verdadero significado de su filosofía han sido uno de los enigmas de la historia moderna. Se le

<sup>1</sup> *Discursos*, III. 41.

<sup>2</sup> *El príncipe*, cap. xxvi.

ha presentado como un cínico total, un patriota apasionado, un nacionalista ardiente, un jesuita político, un demócrata convencido y un adulator carente de escrúpulos que buscaba el favor de los déspotas. Probablemente hay algo de verdad en todas y cada una de esas opiniones, por incompatibles que sean. Pero lo que no es cierto en modo alguno es que ninguna de ellas dé una visión completa de Maquiavelo ni de su pensamiento. Este era el de un verdadero empirista, resultado de una amplísima observación política y una lectura de historia política todavía mayor; pero el florentino no tenía un sistema general en el que tratase de relacionar todas sus observaciones. Análogamente, el carácter del autor tiene que haber sido complejo. Sus escritos muestran, es cierto, una sorprendente concentración de interés. No escribe de nada<sup>1</sup> ni piensa acerca de nada que no sea política, arte político y arte de la guerra. Las cuestiones más profundas —sociales, económicas o religiosas— no le interesan sino en la medida en que tienen influencia en la política. Era acaso demasiado práctico para ser profundo filosóficamente, pero en la política pura y simple fue, de todos sus contemporáneos, el que tuvo la mayor amplitud de visión y la penetración más clara de lo que era la tendencia general de la evolución europea.

Viviendo en una época en la que se estaba derrumbando el viejo orden político europeo y en la que estaban surgiendo con deslumbradora rapidez nuevos problemas, tanto en el estado como en la sociedad, trató de interpretar el significado de los acontecimientos, de prever los resultados inevitables y de descubrir y formular las reglas que, destinadas a dominar desde entonces la acción política, estaban modelándose en medio de las condiciones que se estaban formando de la vida nacional.<sup>2</sup>

Más que ningún otro pensador político fue Maquiavelo el creador del significado que se ha atribuido al estado en el pensamiento político moderno. Aun la propia palabra «estado», empleada para designar al cuerpo político soberano, parece haberse difundido en los idiomas modernos en gran parte debido a sus escritos. El estado como fuerza organizada, suprema en su propio territorio y que persigue una política conciente de engrandecimiento en sus relaciones con otros estados, se convirtió no sólo en la típica institución política moderna, sino en la institución cada vez más poderosa de la sociedad moderna. Sobre el estado recayeron en grado cada vez mayor el derecho y la obligación de regular y controlar a todas las demás instituciones sociales y de dirigirlas siguiendo líneas trazadas francamente en interés del propio estado. El papel que el estado así concebido ha desempeñado en la política moderna es un índice de la claridad con que percibió Maquiavelo la tendencia de la evolución política.

52 Sin embargo, sería difícil decir si la intensa claridad que su genio arrojó sobre el arte político de los déspotas y de los estados nacionales que le siguieron no ocultó tanto como puso de manifiesto.

<sup>1</sup> Esta afirmación, tomada literalmente, me parece a todas luces exagerada, ya que Maquiavelo dejó numerosas obras literarias (*La Mandrágora*, *Novella di Bel-fegor Canti carnascieleschi*, etc.), algunas de ellas de calidad. (N. del T.)

<sup>2</sup> L. A. Burda, en las *Cambridge Modern History*, vol. I (1903), p. 200.

Una filosofía que atribuye principalmente los éxitos y fracasos de la política a la astucia o la ineptitud de los estadistas tiene que ser forzosamente superficial. Maquiavelo concebía los factores morales, religiosos y económicos de la sociedad como fuerzas que un político inteligente puede utilizar en provecho del estado o incluso crear en interés del estado, y ello no sólo invierte por completo un orden normal de valores, sino que invierte también el orden usual de eficacia causal. En todo caso, es indudable que Maquiavelo no representa en absoluto el estado del pensamiento europeo a comienzos del siglo XVI, salvo en un puñado de italianos desilusionados. Escribió sus dos libros políticos fundamentales dentro de los diez años siguientes al día en que Martín Lutero clavó sus tesis a la puerta de la iglesia de Wittenberg, y la reforma protestante tuvo como resultado mezclar a la política y al pensamiento político con la religión en una forma mucho más completa de lo que antes habían estado durante la mayor parte de la edad media. La indiferencia de Maquiavelo por la verdad o la falsedad de la religión acabó por ser una característica común del pensamiento moderno, pero no lo fue del pensamiento de los dos siglos posteriores al florentino. En este sentido su filosofía fue estrechamente local y temporal. Si hubiese escrito en otro país que no fuera Italia o si hubiese escrito en Italia después del comienzo de la reforma y, aún más, después de la iniciación de la contrarreforma en la iglesia romana, es imposible suponer que hubiera tratado a la religión en la forma en que lo hizo.

GEORGE H. SABINE